

La religiosidad popular para la iglesia católica

Popular religiosity for the Catholic Church

César Fernando Hernández Colín *

RESUMEN

En el caminar de la Iglesia encontramos diferentes maneras de vivir la fe, y en el recorrido, de manera constante, se encuentran nuevas expresiones de fe que no necesariamente siguen el rigor de lo prescrito por tal institución. Eso no quiere decir que van en su contra, sino que, en el caminar histórico del magisterio, se ha comprendido que son expresiones de Dios, quien vive y camina en medio de su pueblo. El magisterio episcopal ha tratado de reflexionar y responder ante dichas revelaciones. Concretamente, en la historia de la Iglesia en Latinoamérica se ha reflexionado sobre el tema para dar luces sobre tales expresiones populares de fe. En el presente escrito, partimos de una reflexión general de valoración positiva de la religiosidad popular y presentamos un extracto de lo que las conferencias generales del Consejo Episcopal Latinoamericano (Celam) han expresado en cuanto a la religiosidad popular o términos afines.

ABSTRACT

In the history of the Church we find different ways of living the faith, in that constant path the Church itself encounters new expressions of Faith that do not necessarily follow the rigor of what is already prescribed by the same Church. This doesn't mean that they go against it, but rather that, in the historical journey of the magisterium, it has been understood that these are expressions of God who lives and walks in the midst of his people. The magisterium has tried to reflect and respond to these new revelations. Specifically, in the history of the Church in Latin America, this topic has been reflected upon to shed light on these popular expressions of faith. In this paper we start from a general reflection of positive assessment of popular religiosity and we present an extract of what the general conferences of Celam have expressed regarding popular religiosity or related terms.

* Seminarista Misionero de Guadalupe, Perú.

KEYWORDS

Popular religiousness, catholic Church, Celam, Puebla, Santo Domingo, Aparecida

Sin duda, en el caminar de la Iglesia encontramos diferentes maneras de vivir la fe, en tanto que muchas son las maneras en que el Espíritu de Dios se nos revela. En su labor misionera de ir y hacer discípulos a todos los pueblos, bautizándolos para consagrárselos al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo (*Mt*, 28, 19), la Iglesia se encuentra con nuevas expresiones de fe, que no necesariamente siguen el rigor de lo ya prescrito por ésta. La piedad popular o religiosidad popular (RP) es una de estas nuevas expresiones de la fe en que Dios se revela a los pueblos en medio de su cultura y sus expresiones naturales de religiosidad. Durante muchos años, los papas, teólogos y sobre todo el magisterio episcopal han intentado reflexionar y responder ante estas nuevas revelaciones. En la historia de la iglesia en Latinoamérica se ha reflexionado sobre el tema para dar luces acerca de estas expresiones de fe. El magisterio de la Iglesia no se ha quedado atrás y en la actualidad contamos con innumerables documentos que dan pauta para la comprensión y reflexión de este fenómeno de la Iglesia Universal. El documento conclusivo de Medellín en su número 6.2 define a la religiosidad popular en los siguientes términos:

Fruto de una evangelización realizada desde el tiempo de la Conquista, con características especiales. Es una religiosidad de votos y promesas, de peregrinaciones y de un sinnúmero de devociones, basada en la recepción de los sacramentos, especialmente del bautismo y de la primera comunión, recepción que tiene más bien repercusiones sociales que un verdadero influjo en el ejercicio de la vida cristiana.

Esta religiosidad, más bien de tipo cósmico, en la que Dios es respuesta a todas las incógnitas y necesidades del hombre. Sus expresiones pueden estar deformadas y mezcladas en cierta medida con un patrimonio religioso ancestral, donde la tradición ejerce un poder casi tiránico; tienen el peligro de ser fácilmente influidas por prácticas mágicas y supersticiones que revelan un carácter más bien utilitario y un cierto temor a lo divino, que necesitan de la intercesión de seres más próximos al hombre y de expresiones más plásticas y concretas. Esas manifestaciones religiosas pueden ser, sin embargo, balbuceos de una auténtica religiosidad, expresada con los elementos culturales de que se dispone.

Entonces, encontramos que, para Medellín, la RP es fruto de la Conquista, es decir, del sincretismo, de la unión de las creencias y culturas locales y de lo que trajeron los conquistadores. Asimismo, es una fe vivida por medio de los sacramentos y sacramentales, enriquecidos con signos, símbolos y rituales, que busca converger en un mismo lugar y que tiene como sentido la apropiación. Otro punto importante son las advertencias, pues ya se tomaba como peligroso que algunos ritos se vieran como prácticas supersticiosas o mágicas que partían de una necesidad de sentir a un Dios más humano y tangible. Siguiendo en esta línea de documentos de la Conferencia Episcopal Latinoamericana, toca el turno al de Puebla, donde los números 444 y 450 dicen lo siguiente.

Por religión del pueblo, religiosidad popular o piedad popular, entendemos el conjunto de hondas creencias selladas por Dios, de las actitudes básicas que de esas convicciones derivan y las expresiones que las manifiestan. Se trata de la forma o de la existencia cultural que la religión adopta en un pueblo determinado. La religión del pueblo latinoamericano, en su forma cultural más característica, es expresión de la fe católica. Es un catolicismo popular. La religiosidad popular no solamente es objeto de evangelización, sino que, en cuanto contiene encarnada la Palabra

de Dios, es una forma activa con la cual el pueblo se evangeliza continuamente a sí mismo.

Es notorio el cambio de actitud ante la RP. Mientras que para Medellín eran un conjunto de expresiones que rayaban en lo mágico y supersticioso, para Puebla ya son creencias reveladas por Dios, que nacen de la unión cultural y religiosa y que expresan la fe católica; es decir, ya hay una asimilación de la RP como parte de la Iglesia y no como un fenómeno separado de la oficialidad. Además, es fruto de la evangelización y tiene como fin evangelizar, ya que en ella está la presencia de Dios a través de su palabra. Encontramos otra visión de la RP en el número 452, que expresa:

La religiosidad popular, si bien sella la cultura de América Latina, no se ha expresado suficientemente en la organización de nuestras sociedades y estados. Así la brecha entre ricos y pobres, la situación de amenaza que viven los más débiles, las injusticias, las postergaciones y sometimientos indignos que sufren, contradicen radicalmente los valores de dignidad personal y hermandad solidaria. Valores estos que el pueblo latinoamericano lleva en su corazón como imperativos recibidos del Evangelio. De ahí que la religiosidad del pueblo latinoamericano se convierta muchas veces en un clamor por una verdadera liberación.

La RP comienza a ser vista como un cambio de la realidad que vive el pueblo; es Dios quien responde a las súplicas de los que sufren, de los olvidados, de los que no tienen voz para transformar su realidad. En ese sentido, el documento de Santo Domingo, en el número 36, define a la RP del siguiente modo:

Una expresión privilegiada de la inculturación de la fe. No se trata sólo de expresiones religiosas, sino también de valores, criterios, conductas y actitudes que nacen del dogma católico y constituyen la sabiduría de nuestro pueblo, formando su matriz

cultural. Esta celebración de la fe, tan importante en la vida de la Iglesia de América Latina y el Caribe, está presente en nuestra preocupación pastoral. Las palabras de Pablo VI [Cfr. EN 48], recibidas y desarrolladas por la Conferencia de Puebla en propuestas claras, son aún hoy válidas [Cfr. DP 444 ss.]. Es necesario que reafirmemos nuestro propósito de continuar los esfuerzos por comprender cada vez mejor y acompañar con actitudes pastorales las maneras de sentir y vivir, comprender y expresar el misterio de Dios y de Cristo por parte de nuestros pueblos, para que, purificadas de sus posibles limitaciones y desviaciones, lleguen a encontrar su lugar propio en nuestras iglesias locales y en su acción pastoral.

Para esta tercera conferencia, la RP comienza a ser valorada y vista como una fuente donde se dan valores, criterios, conductas y actitudes que no están alejadas de la oficialidad de la Iglesia. Por primera vez, se le ve como fruto de la revelación del magisterio y de la evangelización de los pueblos; su origen es la consecuencia del encuentro del catolicismo ibérico y las culturas americanas. Tal es la relevancia de la RP, que se pide que sea acompañada pastoralmente, pues se le ve como una expresión del misterio de Dios y de Cristo, que se ha revelado en medio de la cultura y la vivencia diaria del pueblo. Parece que hasta este punto todo va bien, pero aún no se puede borrar el miedo por desviar el camino y el sentido en el que camina la RP; se mantiene vivo ese temor de caer en lo mágico o supersticioso del que habla la conferencia de Puebla, por lo que se pide que los pastores purifiquen estas vivencias. La última conferencia que se llevó a cabo en Latinoamérica es la de *Aparecida*, donde el número 264 expresa lo siguiente:

La piedad popular es una manera legítima de vivir la fe, un modo de sentirse parte de la Iglesia y una forma de ser misioneros, donde se recogen las más hondas vibraciones de la América profunda. Es parte de una “originalidad histórica cultural” de los pobres de este continente, y fruto de “una síntesis entre las culturas y la

fe cristiana”. En el ambiente de secularización que viven nuestros pueblos, sigue siendo una poderosa confesión del Dios vivo que actúa en la historia y un canal de transmisión de la fe. El caminar juntos hacia los santuarios y el participar en otras manifestaciones de la piedad popular, también llevando a los hijos o invitando a otros, es en sí mismo un gesto evangelizador por el cual el pueblo cristiano se evangeliza a sí mismo y cumple la vocación misionera de la Iglesia.

El cambio de paradigma reflejado en *Aparecida* es impresionante, pues se quitan las etiquetas negativas sobre la RP. Mientras que en las conferencias anteriores se veía con miedo y se comenzaba a asimilar, en esta última se ve una transformación, pues ya no se le ve sólo como una expresión de la fe, sino como una herramienta de evangelización del misionero; incluso, como un canal de la fe por el cual el pueblo es evangelizado y evangeliza. La gran diferencia es que ya no se habla de algo fuera de la oficialidad, sino como algo que ya es parte de la Iglesia. Es un giro eclesiológico donde la RP deja las sombras de la exclusión para ser protagonista en el anuncio del evangelio. Ya no se queda como una expresión de fe, sino que se convierte en un instrumento para la misión, la vida espiritual y la pastoral de la Iglesia de América Latina y en una propuesta del pueblo para el mundo, especialmente donde la religión converge con las culturas, tanto originarias, como las ahora nacidas, producto de la secularización. Otro documento del magisterio de la Iglesia que nos puede dar luces es el *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia*, el cual dice en el número 61:¹

Según el Magisterio, la piedad popular es una realidad viva en la Iglesia y de la Iglesia: su fuente se encuentra en la presencia continua y activa del Espíritu de Dios en el organismo eclesial; su punto de referencia es el misterio de Cristo Salvador; su objetivo es la gloria de Dios y la salvación de los hombres; su ocasión histórica es el “feliz encuentro entre la obra de evangelización y la cultura”. Por eso el Magisterio

ha expresado muchas veces su estima por la piedad popular y sus manifestaciones; ha llamado la atención a los que la ignoran, la descuidan o la desprecian, para que tengan una actitud más positiva ante ella y consideren sus valores; no ha dudado, finalmente, en presentarla como “un verdadero tesoro del pueblo de Dios”. La piedad popular tiene un sentido casi innato de lo sagrado y de lo trascendente. Manifiesta una auténtica sed de Dios y “un sentido perspicaz de los atributos profundos de Dios: su paternidad, providencia, presencia amorosa y constante”, su misericordia.

Este número del directorio nos refleja el caminar de la RP en la Iglesia, nos invita a reflexionar y valorar estas nuevas expresiones de fe de nuestros pueblos. La RP no nace como una manifestación de rebeldía o como una manera de resistencia ante la conquista y la evangelización, sino como fruto del amor de Dios y de las semillas del Verbo que se encarnan en el corazón de nuestros pueblos que buscan expresar, vivir y compartir su fe. No son producto de la magia o de la superstición; son fruto del Espíritu Santo que ilumina, revela y anuncia al Dios vivo, creador del cielo y la tierra, un Dios que vive y camina con su pueblo y que el pueblo, al tener una experiencia de Él, lo acoge en su vida, en su cultura, en su arte como una necesidad de sentir a un Dios cercano.

Indudablemente, la RP es una realidad que congrega a miles de personas para vivir y expresar su fe, y a quienes vivimos esta piedad popular no nos interesa ser reconocidos por la oficialidad de la Iglesia. No nos interesa que nos priven de realizar nuestras liturgias inculturadas en los lugares sagrados, porque hemos encontrado a Dios en su creación. Porque nos basta la gran bóveda celeste para elevar en el humo del copal nuestras súplicas, nuestros dolores. Porque a lo largo de la historia hemos comprendido que lo más importante es amar y servir a Dios, cumplir nuestras promesas, procesiones y rezos para mantener un equilibrio entre Dios y el hombre y que ese equilibrio se vea reflejado en bendiciones. Para nosotros, la mayor bendición de

Dios son nuestros campos y animales y, sobre todo, nuestra unión como pueblo que camina hacia Dios; por ello, nuestra vida es una peregrinación que inicia con Dios y termina en su sagrado cielo junto a nuestros ancestros que se han adelantado a la morada eterna.

Dado que el concepto de *religiosidad popular* ha tenido un desarrollo dinámico en el Magisterio Episcopal Latinoamericano, consideramos oportuno recordar lo que las cinco conferencias generales apuntan acerca de la RP. A continuación, presento la transcripción —a manera de apéndice de consulta— de los fragmentos de las cuatro conferencias donde aparece el concepto de RP: Medellín, Puebla, Santo Domingo y Aparecida, pues la de Río de Janeiro no la menciona.

SEGUNDA CONFERENCIA DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO, MEDELLÍN (1968)²

Aparece siete veces:

6.2. La expresión de la *religiosidad popular* es fruto de una evangelización realizada desde el tiempo de la Conquista, con características especiales. Es una religiosidad de votos y promesas, de peregrinaciones y de un sinnúmero de devociones, basada en la recepción de los sacramentos, especialmente del bautismo y de la primera comunión, los cuales tienen más bien repercusiones sociales que un verdadero influjo en el ejercicio de la vida cristiana.

Se advierte en la expresión de la *religiosidad popular* una enorme reserva de virtudes auténticamente cristianas, especialmente en orden a la caridad, aun cuando muestre deficiencias su conducta moral. Su participación en la vida cultural oficial es casi nula y su adhesión a la organización de la Iglesia es muy escasa.

Esta religiosidad, más bien de tipo cósmico, en la que Dios es respuesta a todas las incógnitas y necesidades del hombre, puede entrar en crisis, y de hecho ya ha comenzado a entrar, con el conocimiento científico del mundo que nos rodea.

6.3. Tal situación pone a la Iglesia ante el dilema de continuar siendo Iglesia universal o de convertirse en secta, al no incorporar vitalmente a sí, a aquellos hombres que se expresan con ese tipo de religiosidad. Por ser Iglesia y no secta deberá ofrecer su mensaje de salvación a todos los hombres, corriendo, quizás, el riesgo de que no todos lo acepten del mismo modo y en la misma intensidad.

Los grados de pertenencia en toda sociedad humana son diversos; las lealtades, el sentido de solidaridad, no se expresan siempre del mismo modo. En efecto, los distintos grupos de personas captan de modo diverso los objetivos de la organización y responden de distintas maneras a los valores y normas que el grupo profesa. Por otra parte, la sociedad contemporánea manifiesta una tendencia aparentemente contradictoria; una inclinación a las expresiones masivas en el comportamiento humano y, simultáneamente, como una reacción, una tendencia hacia las pequeñas comunidades donde pueden realizarse como personas.

Desde el punto de vista de la vivencia religiosa, sabemos que no todos los hombres aceptan y viven el mensaje religioso de la misma manera. Aun a nivel personal, un mismo hombre experimenta etapas distintas en su respuesta a Dios y, a nivel social, no todos manifiestan su religiosidad ni su fe de un modo unívoco. El pueblo necesita expresar su fe de un modo simple, emocional, colectivo.

6.4. Al enjuiciar la *religiosidad popular* no podemos partir de una interpretación cultural occidentalizada, propia de las clases media y alta urbanas, sino del significado que tiene en el contexto de la subcultura de los grupos rurales y urbanos marginados.

Sus expresiones pueden estar deformadas y mezcladas en cierta medida con un patrimonio religioso ancestral, donde la tradición ejerce un poder casi tiránico;

tienen el peligro de ser fácilmente influidas por prácticas mágicas y supersticiones que revelan un carácter más bien utilitario y un cierto temor a lo divino, que necesitan de la intercesión de seres más próximos al hombre y de expresiones más plásticas y concretas. Sin embargo, esas manifestaciones religiosas pueden ser balbuceos de una auténtica religiosidad expresada con los elementos culturales de los cuales se dispone.

En el fenómeno religioso, existen motivaciones distintas que por ser humanas son mixtas y pueden responder a deseos de seguridad, contingencia, importancia y, simultáneamente, a una necesidad de adoración y gratitud hacia el Ser Supremo.

Dichas motivaciones se plasman y expresan en símbolos diversos. La fe llega al hombre envuelta siempre en un lenguaje cultural y por eso en la religiosidad natural pueden encontrarse gérmenes de un llamado de Dios.

En su camino hacia Dios, el hombre contemporáneo se encuentra en diversas situaciones. La Iglesia reclama, por una parte, una adaptación de su mensaje y, por lo tanto, diversos modos de expresión en la presentación de éste; por otra, exige a cada hombre, en la medida de lo posible, una aceptación más personal y comunitaria del mensaje de la revelación.

6.5. Una pastoral popular se puede basar en los criterios teológicos que a continuación se enuncian.

La fe y, por consiguiente, la Iglesia se siembran y crecen en la religiosidad culturalmente diversificada de los pueblos. Esta fe, aunque imperfecta, puede hallarse aun en los niveles culturales más bajos. Precisamente, corresponde a la tarea evangelizadora de la Iglesia descubrir en esa religiosidad la “secreta presencia de Dios”, el “destello de verdad que ilumina a todos”, la luz del Verbo, presente ya antes de la encarnación o de la predicación apostólica y hacer fructificar esa simiente.

Sin romper la caña quebrada y sin extinguir la mecha humeante, la Iglesia acepta con gozo y respeto, purifica e incorpora al orden de la fe los diversos “elementos

religiosos y humanos” que se encuentran ocultos en esa religiosidad como “semillas del Verbo” y que constituyen o pueden constituir una “preparación evangélica”.

6.10. Que se realicen estudios serios y sistemáticos sobre *la religiosidad popular* y sus manifestaciones, sea en universidades católicas y en otros centros de investigación sociorreligiosa.

6.12. Que se impregnen las manifestaciones populares, como romerías, peregrinaciones, devociones diversas, de la palabra evangélica. Que se revisen muchas de las devociones a los santos para que no sean tomados sólo como intercesores, sino también como modelos de vida de imitación de Cristo. Que las devociones y los sacramentales no lleven al hombre a una aceptación semifinalista, sino que lo eduquen para ser cocreador y gestor con Dios de su destino.

8.2. La renovación catequística no puede ignorar un hecho: que nuestro continente vive en gran parte de una tradición cristiana y que ésta impregna, a la vez, la existencia de los individuos y el contexto social y cultural. A pesar de observarse un crecimiento en el proceso de secularización, la *religiosidad popular* es un elemento válido en América latina. No puede prescindirse de ella, por la importancia, seriedad y autenticidad con que es vivida por muchas personas, sobre todo, en los ambientes populares. La religiosidad popular puede ser ocasión o punto de partida para un anuncio de la fe. Sin embargo, se impone su revisión y estudio científico, para purificarla de elementos que la hagan inauténtica no destruyendo, sino, por el contrario, valorizando sus elementos positivos. Así, se evitará un estancamiento en formas del pasado, algunas de las cuales aparecen hoy, además de ambiguas, inadecuadas y nocivas.

TERCERA CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO, PUEBLA (1979)³

101

Aparece 14 veces; tres son parte de un subtítulo. Del 454-459, son procesos que vive la religiosidad popular.

6. La generación de pueblos y culturas es siempre dramática, envuelta en luces y sombras. La evangelización como tarea humana está sometida a las vicisitudes históricas, pero siempre busca transfigurarlas con el fuego del Espíritu en el camino de Cristo, centro y sentido de la historia universal, de todos y cada uno de los hombres. Acicateada por las contradicciones y desgarramientos de aquellos tiempos fundadores y en medio de un gigantesco proceso de dominaciones y culturas, aún no concluido, la evangelización constituyente de América Latina es uno de los capítulos relevantes de la historia de la Iglesia. Frente a dificultades tan enormes como inéditas respondió con una capacidad creadora, cuyo aliento sostiene viva la *religiosidad popular* de la mayoría del pueblo.

109. La revalorización de la *religiosidad popular*, a pesar de sus desviaciones y ambigüedades, expresa la identidad religiosa de un pueblo y, al purificarse de eventuales deformaciones, ofrece un lugar privilegiado a la evangelización. Las grandes devociones y celebraciones populares han sido un distintivo del catolicismo latinoamericano, mantienen valores evangélicos y son un signo de pertenencia a la Iglesia.

234. Diez años después, la Iglesia de América Latina se encuentra en Puebla en mejores condiciones aun para reafirmar gozosa su realidad de pueblo de Dios. Después de Medellín, nuestros pueblos viven momentos importantes de encuentro consigo mismos, redescubriendo el valor de su historia, de las culturas indígenas y de la *religiosidad popular*. En medio de ese proceso, se descubre la presencia de este otro pueblo que acompaña en su historia a nuestros pueblos naturales, y se co-

mienza a apreciar su aporte como factor unificador de nuestra cultura, a la que tan ricamente ha fecundado con savia evangélica. La fecundación fue recíproca, lo que logró que la Iglesia se encarnara en nuestros valores originales y desarrollara nuevas expresiones de la riqueza del Espíritu.

368. Finalmente, ha llegado para América Latina la hora de intensificar los servicios mutuos entre iglesias particulares y de proyectarse más allá de sus propias fronteras *ad gentes*. Es verdad que nosotros necesitamos misioneros, pero debemos dar desde nuestra pobreza. Por otra parte, nuestras iglesias pueden ofrecer algo original e importante: su sentido de la salvación y de la liberación, la riqueza de su *religiosidad popular*, la experiencia de las Comunidades Eclesiales de Base, la floración de sus ministerios, su esperanza y la alegría de su fe. Ya hemos realizado esfuerzos misioneros que pueden profundizarse y deben extenderse.

444. Por religión del pueblo, *religiosidad popular* o *piedad popular* entendemos el conjunto de hondas creencias selladas por Dios, de las actitudes básicas que de esas convicciones derivan y las expresiones que las manifiestan. Se trata de la forma o de la existencia cultural que la religión adopta en un pueblo determinado. La religión del pueblo latinoamericano en su forma cultural más característica es expresión de la fe católica. Es un catolicismo popular.

450. La *religiosidad popular* no sólo es objeto de evangelización, sino que, en cuanto contiene encarnada la Palabra de Dios, es una forma activa con la cual el pueblo se evangeliza continuamente a sí mismo.

452. La *religiosidad popular*, si bien sella la cultura de América Latina, no se ha expresado suficientemente en la organización de nuestras sociedades y estados. Por ello, deja un espacio para lo que S. S. Juan Pablo II ha vuelto a denominar *estructuras de pecado* (Juan Pablo II, *Homilía Zapopán 3: AAS 71*, p. 230). Así la brecha entre

ricos y pobres, la situación de amenaza que viven los más débiles, las injusticias, las postergaciones y sometimientos indignos que sufren contradicen radicalmente los valores de dignidad personal y hermandad solidaria, que el pueblo latinoamericano lleva en su corazón como imperativos recibidos del Evangelio. De ahí que la religiosidad del pueblo latinoamericano se convierta muchas veces en un clamor por una verdadera liberación. Ésta es una exigencia aún no satisfecha. Por su parte, el pueblo, movido por esta religiosidad, crea o utiliza dentro de sí, en su convivencia más estrecha, algunos espacios para ejercer la fraternidad, por ejemplo: el barrio, la aldea, el sindicato, el deporte. Y, entre tanto, no desespera, aguarda confiadamente y con astucia los momentos oportunos para avanzar en su liberación tan ansiada.

454. Como elementos positivos de la piedad popular se pueden señalar: la presencia trinitaria que se percibe en devociones y en iconografías, el sentido de la providencia de Dios Padre, Cristo, celebrado en su misterio de Encarnación (Navidad, el Niño), en su Crucifixión, en la Eucaristía y en la devoción al Sagrado Corazón; amor a María: Ella y “sus misterios pertenecen a la identidad propia de estos pueblos y caracterizan su piedad popular” (Juan Pablo II, *Homilía Zapopán 2: AAS* 71 p. 228), venerada como Madre Inmaculada de Dios y de los hombres, reina de nuestros distintos países y del continente entero; los santos, como protectores, los difuntos, la conciencia de dignidad personal y la fraternidad solidaria, la conciencia de pecado y de necesidad de expiación, la capacidad de expresar la fe en un lenguaje total que supera los racionalismos (canto, imágenes, gesto, color, danza), la fe situada en el tiempo (fiestas) y en lugares (santuarios y templos), la sensibilidad hacia la peregrinación como símbolo de la existencia humana y cristiana, el respeto filial a los pastores como representantes de Dios, la capacidad de celebrar la fe en forma expresiva y comunitaria, la integración honda de los sacramentos y sacramentales en la vida personal y social, el afecto cálido por la persona del Santo Padre, la capacidad de sufrimiento y heroísmo para sobrellevar las pruebas y confesar la fe, el valor de la oración y la aceptación de los demás.

455. La religión popular latinoamericana desde hace tiempo sufre por el divorcio entre élites y pueblo. Eso significa que le falta educación, catequesis y dinamismo, debido a la carencia de una adecuada pastoral.

456. Los aspectos negativos son de origen diverso. De tipo ancestral: superstición, magia, fatalismo, idolatría del poder, fetichismo y ritualismo. Por deformación de la catequesis: arcaísmo estático, falta de información e ignorancia, reinterpretación sincretista, reduccionismo de la fe a un mero contrato en la relación con Dios. Amenazas: secularismo difundido por los medios de comunicación social, consumismo, sectas, religiones orientales y agnósticas, manipulaciones ideológicas, económicas, sociales y políticas, mesianismos políticos secularizados, desarraigo y proletarianización urbana a consecuencia del cambio cultural. Podemos afirmar que muchos de estos fenómenos son verdaderos obstáculos para la evangelización.

457. Como toda la Iglesia, la religión del pueblo debe ser evangelizada siempre de nuevo. En América Latina —después de casi 500 años de la predicación del evangelio y del bautismo generalizado de sus habitantes—, esta evangelización ha de apelar a la “memoria cristiana de nuestros pueblos”. Será una labor de pedagogía pastoral, en la que el catolicismo popular sea asumido, purificado, completado y dinamizado por el evangelio. Esto implica en la práctica reanudar un diálogo pedagógico, a partir de los últimos eslabones que los evangelizadores de antaño dejaron en el corazón de nuestro pueblo. Para ello, se requiere conocer los símbolos, el lenguaje silencioso, no verbal, del pueblo, con el fin de lograr, en un diálogo vital, comunicar la Buena Nueva mediante un proceso de re-información catequética.

458. Los agentes de la evangelización, con la luz del Espíritu Santo y llenos de *caridad pastoral*, sabrán desarrollar la *pedagogía de la evangelización* (EN, 48). Esto exige, antes que todo, amor y cercanía al pueblo, ser prudentes y firmes, constantes y audaces, para educar esa preciosa fe, algunas veces tan debilitada.

459. Las formas concretas y los procesos pastorales deberán evaluarse según esos criterios característicos del Evangelio vivido en la Iglesia; todo debe hacer a los bautizados más hijos en el Hijo, más hermanos en la Iglesia, más responsablemente misioneros para extender el reino. En esa dirección ha de madurar la religión del pueblo.

462. b) Dinamizar los movimientos apostólicos, las parroquias, las Comunidades Eclesiales de Base y los militantes de la Iglesia en general, para que sean en forma más generosa *fermento de la masa*. Habrá que revisar las espiritualidades, las actitudes y las tácticas de las élites de la Iglesia respecto a la *religiosidad popular*. Como bien lo indicó Medellín, “esta religiosidad pone a la Iglesia ante el dilema de continuar siendo Iglesia universal o de convertirse en secta, al no incorporar vitalmente a sí a aquellos hombres que se expresan con ese tipo de religiosidad” (Pastoral popular 3). Debemos desarrollar en nuestros militantes una mística de servicio evangelizador de la religión de su pueblo. Esta tarea ahora es más actual que entonces: las élites deben asumir el espíritu de su pueblo, purificarlo, aquilatarlo y encarnarlo en forma preclara. Deben participar en las convocatorias y en las manifestaciones populares para dar su aporte.

466. f) Buscar las reformulaciones y reacentuaciones necesarias de la *religiosidad popular* en el horizonte de una civilización urbano-industrial. Este proceso que ya se percibe en las grandes urbes del continente, donde la piedad popular se expresa espontáneamente en modos nuevos y se enriquece con nuevos valores madurados en su propio seno. En esa perspectiva, deberá procurarse que la fe desarrolle una personalización creciente y una solidaridad liberadora. Fe que alimente una espiritualidad capaz de asegurar la dimensión contemplativa, de gratitud frente a Dios y de encuentro poético, sapiencial, con la creación. Fe que sea fuente de alegría popular y motivo de fiesta aun en situaciones de sufrimiento. Por esta vía pueden plasmarse formas culturales que rescaten a la industrialización urbana del tedio opresor y del economicismo frío y asfixiante.

904. La *religiosidad popular* del hombre latinoamericano posee rica herencia de oración enraizada en culturas autóctonas y evangelizada después por las formas de piedad cristiana de misioneros e inmigrantes.

109. La revalorización de la *religiosidad popular*, a pesar de sus desviaciones y ambigüedades, expresa la identidad religiosa de un pueblo y, al purificarse de eventuales deformaciones, ofrece un lugar privilegiado a la evangelización. Las grandes devociones y celebraciones populares han sido un distintivo del catolicismo latinoamericano, mantienen valores evangélicos y son un signo de pertenencia a la Iglesia.

CUARTA CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO, SANTO DOMINGO (1992)⁴

Aparece ocho veces; sólo la encontraremos una vez como subtítulo.

18. Como consecuencia del encuentro del catolicismo ibérico y las culturas americanas, se dio lugar a un proceso peculiar de mestizaje, que, si bien tuvo aspectos conflictivos, pone de relieve las raíces católicas, así como la singular identidad del continente. Dicho proceso de mestizaje, también perceptible en múltiples formas de *religiosidad popular* y de arte mestizo, es conjunción de lo perenne cristiano con lo propio de América, y desde la primera hora se extendió a lo largo y ancho del continente.

La historia nos muestra “que se llevó a cabo una válida, fecunda y admirable obra evangelizadora y que, mediante ella, se abrió camino de tal modo en América la verdad sobre Dios y sobre el hombre que, de hecho, la evangelización misma constituye una especie de tribunal de acusación para los responsables de aquellos abusos de colonizadores a veces sin escrúpulos” (Juan Pablo II, Discurso inaugural, 4).

36. La *religiosidad popular* es una expresión privilegiada de la inculturación de la fe. No se trata sólo de expresiones religiosas, sino también de valores, criterios, conduc-

tas y actitudes que nacen del dogma católico y constituyen la sabiduría de nuestro pueblo, formando su matriz cultural. Esta celebración de la fe, tan importante en la vida de la Iglesia de América Latina y el Caribe, está presente en nuestra preocupación pastoral. Las palabras de Pablo VI (EN, 48) recibidas y desarrolladas por la Conferencia de Puebla en propuestas claras, hoy aún son válidas (DP, 444 y *ss*). Es necesario que reafirmemos nuestro propósito de continuar los esfuerzos por comprender cada vez mejor y acompañar con actitudes pastorales las maneras de sentir y vivir, comprender y expresar el misterio de Dios y de Cristo por parte de nuestros pueblos, para que purificadas de sus posibles limitaciones y desviaciones lleguen a encontrar su lugar propio en nuestras iglesias locales y en su acción pastoral.

38. Las consideraciones arriba hechas, acerca de la santidad de la Iglesia, de su carácter profético y de su vocación celebrativa, nos llevan a reconocer algunos desafíos que parecen fundamentales, a los que es preciso responder para que la Iglesia sea plenamente en América Latina y el Caribe el misterio de la comunión de los hombres con Dios y entre sí.

En la Iglesia se multiplican los grupos de oración, los movimientos apostólicos, formas nuevas de vida y de espiritualidad contemplativa, además de diversas expresiones de la *religiosidad popular*. Muchos laicos toman conciencia de su responsabilidad pastoral en sus diversas formas. Crece el interés por la *Biblia*, lo cual exige una pastoral bíblica adecuada que dé a los fieles laicos criterios para responder a las insinuaciones de una interpretación fundamentalista o a un alejamiento de la vida en la Iglesia para refugiarse en las sectas.

39. Entre nuestros mismos católicos, el desconocimiento de la verdad sobre Jesucristo y de las verdades fundamentales de la fe es un hecho muy frecuente y, en algunos casos, esa ignorancia va unida a una pérdida del sentido del pecado. Frecuentemente, la *religiosidad popular*, a pesar de sus inmensos valores, no está purificada de

elementos ajenos a la auténtica fe cristiana ni lleva siempre a la adhesión personal a Cristo muerto y resucitado.

53. Hemos de promover una liturgia que en total fidelidad al espíritu que el Concilio Vaticano II quiso recuperar en toda su pureza busque, dentro de las normas dadas por la Iglesia, la adopción de las formas, signos y acciones propias de las culturas de América Latina y el Caribe. En esta tarea se deberá poner una especial atención a la valorización de la piedad popular, que encuentra su expresión especialmente en la devoción a la santísima Virgen, las peregrinaciones a los santuarios y en las fiestas religiosas iluminadas por la Palabra de Dios. Si los pastores no nos empeñamos a fondo en acompañar las expresiones de nuestra *religiosidad popular* purificándolas y abriéndolas a nuevas situaciones, el secularismo se impondrá más fuertemente en nuestro pueblo latinoamericano y será más difícil la inculturación del Evangelio.

240. Favorecer la formación permanente de los obispos y presbíteros, de los diáconos, de los religiosos, religiosas y laicos, especialmente de los agentes de pastoral, conforme a la enseñanza del magisterio. La liturgia debe expresar más claramente los compromisos morales que conlleva. La *Religiosidad popular*, especialmente en los santuarios, debe dirigirse a la conversión. Hay que fomentar y facilitar el acceso al sacramento de la reconciliación.

247. Como lo ha señalado vigorosamente el *Documento de Puebla*, en los pueblos que son fruto del mestizaje racial se ha desarrollado una particular cultura *mestiza*, donde está muy vigente la *religiosidad popular*, como forma inculturada del catolicismo. Sin embargo, coexisten el incumplimiento de deberes cristianos al lado de admirables ejemplos de vida cristiana y un desconocimiento de la doctrina junto a vivencias católicas enraizadas en los principios del Evangelio.

En las expresiones culturales y religiosas de campesinos y suburbanos se reconoce gran parte del patrimonio cristiano del continente y una fe arraigada de los valores del reino de Dios.

QUINTA CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO, APARECIDA (2007)⁵

Se presenta ocho veces.

7. La fe en Dios amor y la tradición católica en la vida y cultura de nuestros pueblos son sus mayores riquezas. Se manifiesta en la fe madura de muchos bautizados y en la piedad popular que expresa: “el amor a Cristo sufriente, el Dios de la compasión, del perdón y la reconciliación [...] el amor al Señor presente en la Eucaristía [...] el Dios cercano a los pobres y a los que sufren, la profunda devoción a la Santísima Virgen de Guadalupe, de *Aparecida* o de las diversas advocaciones nacionales y locales”.

Se expresa también en la caridad que anima por doquier gestos, obras y caminos de solidaridad con los más necesitados y desamparados. Está vigente también en la conciencia de la dignidad de la persona, la sabiduría ante la vida, la pasión por la justicia, la esperanza contra toda esperanza y la alegría de vivir aun en condiciones muy difíciles que mueven el corazón de nuestra gente. Las raíces católicas permanecen en su arte, lenguaje, tradiciones y estilo de vida, a la vez dramático y festivo, en el afrontamiento de la realidad. Por eso, el Santo Padre nos responsabilizó más aún, como Iglesia, en “la gran tarea de custodiar y alimentar la fe del pueblo de Dios”.

37. Ésta es la razón por la cual muchos estudiosos de nuestra época han sostenido que la realidad ha traído aparejada una crisis de sentido. Ellos no se refieren a los múltiples sentidos parciales que cada uno puede encontrar en las acciones cotidianas que realiza, sino al sentido que da unidad a todo lo que existe y nos sucede en

la experiencia, y que los creyentes llamamos *el sentido religioso*. Habitualmente, este sentido se pone a nuestra disposición a través de nuestras tradiciones culturales que representan la hipótesis de realidad con la que cada ser humano puede mirar el mundo en el que vive. En nuestra cultura latinoamericana y caribeña, conocemos el papel tan noble y orientador que ha jugado la *religiosidad popular*, especialmente la devoción mariana, que ha contribuido a hacernos más conscientes de nuestra común condición de hijos de Dios y de nuestra común dignidad ante sus ojos, no obstante, las diferencias sociales, étnicas o de cualquier otro tipo.

43. La realidad social que describimos en su dinámica actual con la palabra *globalización* impacta, por tanto, antes que cualquier otra dimensión, nuestra cultura y la manera como nos insertamos y nos apropiamos de ella. La variedad y riqueza de las culturas latinoamericanas, desde aquellas más originarias hasta aquellas que, con el paso de la historia y el mestizaje de sus pueblos, se han ido sedimentando en las naciones, las familias, los grupos sociales, las instituciones educativas y la convivencia cívica constituyen un dato bastante evidente para nosotros y que valoramos como una singular riqueza. Lo que hoy día está en juego no es esa diversidad, que los medios de información tienen la capacidad de individualizar y registrar. Lo que se echa de menos es más bien la posibilidad de que esta diversidad pueda converger en una síntesis, que, envolviendo la variedad de sentidos, sea capaz de proyectarla en un destino histórico común. En esto reside el valor incomparable del talante mariano de nuestra *religiosidad popular*, que, bajo distintas advocaciones, ha sido capaz de fundir las historias latinoamericanas diversas en una historia compartida: aquella que conduce hacia Cristo, Señor de la vida, en quien se realiza la más alta dignidad de nuestra vocación humana.

92. Ya, en Santo Domingo, los pastores reconocíamos que “los pueblos indígenas cultivan valores humanos de gran significación”, valores que “la Iglesia defiende [...] ante la fuerza arrolladora de las estructuras de pecado manifiestas en la sociedad

moderna”; “son poseedores de innumerables riquezas culturales, que están en la base de nuestra identidad actual”; y, desde la perspectiva de la fe, “estos valores y convicciones son fruto de ‘las semillas del Verbo’, que estaban ya presentes y obraban en sus antepasados”.

93. Entre ellos podemos señalar: “Apertura a la acción de Dios por los frutos de la tierra, el carácter sagrado de la vida humana, la valoración de la familia, el sentido de solidaridad y la corresponsabilidad en el trabajo común, la importancia de lo cultural, la creencia en una vida ultraterrena”.

Actualmente, el pueblo ha enriquecido estos valores ampliamente por la evangelización y los ha desarrollado en múltiples formas de auténtica *religiosidad popular*.

99. b) La renovación litúrgica acentuó la dimensión celebrativa y festiva de la fe cristiana centrada en el misterio pascual de Cristo salvador, particularmente en la Eucaristía. Crecen las manifestaciones de la *religiosidad popular*, especialmente en la piedad eucarística y la devoción mariana. Se han hecho algunos esfuerzos por inculturar la liturgia en los pueblos indígenas y afroamericanos. Se han ido superando los riesgos de reducción de la Iglesia a sujeto político, con un mejor discernimiento de los impactos seductores de las ideologías. Se ha fortalecido la responsabilidad y vigilancia respecto a las verdades de la fe, ganando en profundidad y serenidad de comunión.

258. El santo padre destacó la “rica y profunda *religiosidad popular*, en la cual aparece el alma de los pueblos latinoamericanos”, y la presentó como “el precioso tesoro de la Iglesia católica en América Latina”. Invitó a promoverla y a protegerla. Esta manera de expresar la fe está presente de diversas formas en todos los sectores sociales, en una multitud que merece nuestro respeto y cariño, porque su piedad “refleja una sed de Dios que solamente los pobres y sencillos pueden conocer”. La “religión del pueblo latinoamericano es expresión de la fe católica. Es un catolicis-

mo popular”, profundamente inculturado, que contiene la dimensión más valiosa de la cultura latinoamericana.

261. La piedad popular penetra delicadamente la existencia personal de cada fiel y, aunque también se vive en una multitud, no es una “espiritualidad de masas”. En distintos momentos de la lucha cotidiana, muchos recurren a algún pequeño signo del amor de Dios: un crucifijo, un rosario, una vela que se enciende para acompañar a un hijo en su enfermedad, un padrenuestro musitado entre lágrimas, una mirada entrañable a una imagen querida de María, una sonrisa dirigida al Cielo, en medio de una sencilla alegría.

262. Es verdad que la fe que se encarnó en la cultura puede ser profundizada y penetrar cada vez mejor la forma de vivir de nuestros pueblos. Pero eso sólo puede suceder si valoramos positivamente lo que el Espíritu Santo ya ha sembrado. La piedad popular es un “imprescindible punto de partida para conseguir que la fe del pueblo madure y se haga más fecunda”. Por ello, el discípulo misionero tiene que ser “sensible a ella, saber percibir sus dimensiones interiores y sus valores innegables”.

Cuando afirmamos que hay que evangelizarla o purificarla, no queremos decir que esté privada de riqueza evangélica. Simplemente, deseamos que todos los miembros del pueblo fiel, reconociendo el testimonio de María y también de los santos, traten de imitarles cada día más. Así procurarán un contacto más directo con la *Biblia* y una mayor participación en los sacramentos, llegarán a disfrutar de la celebración dominical de la Eucaristía y vivirán mejor todavía el servicio del amor solidario. Por este camino se podrá aprovechar aún más el rico potencial de santidad y de justicia social que encierra la mística popular.

263. No podemos devaluar la espiritualidad popular o considerarla un modo secundario de la vida cristiana, porque sería olvidar el primado de la acción del Espíritu y la iniciativa gratuita del amor de Dios. En la piedad popular, se contiene y expresa

un intenso sentido de la trascendencia, una capacidad espontánea de apoyarse en Dios y una verdadera experiencia de amor teologal. Es también una expresión de sabiduría sobrenatural, porque la sabiduría del amor no depende directamente de la ilustración de la mente, sino de la acción interna de la gracia. Por ello, la llamamos *espiritualidad popular*. Es decir, una espiritualidad cristiana que, siendo un encuentro personal con el Señor, integra mucho lo corpóreo, lo sensible, lo simbólico, y las necesidades más concretas de las personas. Es una espiritualidad encarnada en la cultura de los sencillos, que, no por eso, es menos espiritual, sino que lo es de otra manera.

264. La piedad popular es una manera legítima de vivir la fe, un modo de sentirse parte de la Iglesia y una forma de ser misioneros, donde se recogen las más hondas vibraciones de la América profunda. Es parte de una “originalidad histórica cultural” de los pobres de este continente, y fruto de “una síntesis entre las culturas y la fe cristiana”. En el ambiente de secularización que viven nuestros pueblos, sigue siendo una poderosa confesión del Dios vivo que actúa en la historia y un canal de transmisión de la fe. Caminar juntos hacia los santuarios y participar en otras manifestaciones de la piedad popular, también llevando a los hijos o invitando a otros, es en sí mismo un gesto evangelizador por el cual el pueblo cristiano se evangeliza a sí mismo y cumple la vocación misionera de la Iglesia.

300. Debe darse una catequesis apropiada que acompañe la fe presente en la *religiosidad popular*. Una manera concreta puede ser ofrecer un proceso de iniciación cristiana en visitas a las familias, donde no sólo se les comunique los contenidos de la fe, sino que los conduzca a la práctica de la oración familiar, a la lectura orante de la palabra de Dios y al desarrollo de las virtudes evangélicas, que las consoliden cada vez más como iglesias domésticas. Para este crecimiento en la fe, también es conveniente aprovechar el potencial educativo que encierra la piedad popular mariana. Se trata de un camino educativo que, cultivando el amor personal a la Virgen,

verdadera “educadora de la fe”, nos asemeje cada vez más a Jesucristo y provoque la apropiación progresiva de sus actitudes.

549. Para convertirnos en una Iglesia llena de ímpetu y audacia evangelizadora, tenemos que ser de nuevo evangelizados, fieles discípulos y conscientes de nuestra responsabilidad por los bautizados que han dejado esa gracia de participación en el misterio pascual y de incorporación en el Cuerpo de Cristo bajo una capa de indiferencia y olvido. Se necesita cuidar el tesoro de la *religiosidad popular* de nuestros pueblos, para que resplandezca cada vez más en ella “la perla preciosa” que es Jesucristo, y sea siempre nuevamente evangelizada en la fe de la Iglesia y por su vida sacramental.

Hay que fortalecer la fe “para afrontar serios retos, pues están en juego el desarrollo armónico de la sociedad y la identidad católica de sus pueblos”. No hemos de dar nada por supuesto y descontado. Todos los bautizados estamos llamados a “recomenzar desde Cristo”, a reconocer y seguir su presencia con la misma realidad, pero también novedad y con el mismo poder de afecto, persuasión y esperanza, que tuvo su encuentro con los primeros discípulos a las orillas del Jordán, hace 2000 años, y con los Juan Diego del Nuevo Mundo. Sólo gracias a ese encuentro y seguimiento, que se convierte en familiaridad y comunión, por desborde de gratitud y alegría, somos rescatados de nuestra conciencia aislada y salimos a comunicar a todos la vida verdadera, la felicidad y esperanza que nos ha sido dado experimentar y gozar.

NOTAS

- ¹ Vaticano, *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia. Principios y orientaciones*, Ciudad del Vaticano [en línea], 2002, https://www.vatican.va/roman_curia/congregations/ccdds/documents/rc_con_ccdds_doc_20020513_vers-direttorio_sp.html

- 2 Cfr. “Documentos finales de Medellín”, *Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano* [en línea] Medellín, 1968, https://www.celam.org/documentos/Documento_Conclusivo_Medellin.pdf.
- 3 Cfr. “Carta del Santo Padre a los obispos diocesanos de América Latina”, *Documento de Puebla, III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano* [en línea], 1979, https://www.celam.org/documentos/Documento_Conclusivo_Puebla.pdf
- 4 Cfr. *Celam: Documento de Santo Domingo (1992)*, Cuarta Conferencia General del Episcopado Latinoamericano [en línea], 1992. <http://vincentians.com/es/celam-documento-de-santo-domingo-1992/>
- 5 Cfr. “Documento de Aparecida”, *V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. Documento conclusivo* [en línea], 2007 <https://www.celam.org/aparecida/Espanol.pdf>